

La Petite Patrie latino-americana

Written by Rafael Osío Cabrices

Toda emigración, como toda gran transformación en la vida de los seres humanos, deja unas pérdidas y unas ganancias. Ese balance no es fácil de hacer, jamás. Ese balance es distinto para cada quien.

Y ese balance no se cierra nunca, ni siquiera con la muerte, porque lo que cada uno de nosotros los migrantes termina ganando o perdiendo se proyecta sobre los que dejamos atrás, y sobre los que en el país de destino heredan el patrimonio material o inmaterial de nuestra experiencia migratoria.

Desde papeles de residencia o ciudadanía, hasta idiomas y acentos. Desde cuentas bancarias o viviendas, hasta traumas, y sueños logrados... o inconclusos.

Para hacer ese balance debemos levitar sobre la cartografía de nuestra memoria y contemplar los lugares donde hemos trabajado, donde hemos estudiado, donde hemos vivido.

Casi podríamos ver el mapa de la ciudad de acogida como una hoja de cálculo de Excel o de Google Sheets. Las columnas y los renglones son avenidas, calles, *ruelles*. Los márgenes están hechos de aeropuertos y autopistas. La retícula de casillas contiene las casas, las plazas, los edificios de nuestra historia. Con fechas, hechos, magnitudes. Con cicatrices bajo la sombra y con zonas de luz.

En mi caso, esas columnas de ganancias y pérdidas coinciden con las calles de la zona más latina de Montreal: el norte del Plateau-Mont Royal, el sur de Villeray, y sobre todo la mitad oeste de Rosemont-La Petite Patrie. Esta “pequeña patria” o “patria chiquita”, como la llamaríamos en español, es la que contiene más hablantes de nuestra lengua, según esos fascinantes mapas de los idiomas que se hablan en Montreal.

Allí están la mayoría de los comercios con dueños peruanos, colombianos, dominicanos, venezolanos, chilenos, hondureños o salvadoreños. También organizaciones de solidaridad, como CAFLA. Lugares donde cortarse el pelo en español, enviar remesas en español, abrir cuentas bancarias en español. Odontólogos, oculistas, guarderías que nos entienden cuando necesitamos hablar de cosas íntimas.

La Petite Patrie es tan latinoamericana que se parece a América Latina misma: es como un Caribe, o un Mediterráneo, que no solo reproduce en parte su propia complejidad sino que se frota con otras complejidades del resto del mundo: el barrio latino de Montreal se solapa con el italiano, el portugués y el francés, y es vecino de comunidades históricas del subcontinente indio, del Magreb, Vietnam, Grecia y hasta Ucrania.

Pero La Petite Patrie no es, al menos para mí, un gueto, ni un trozo de América Latina en Canadá. Es una zona profundamente montrealés, documentada en las novelas gráficas de Michel Rabagliati, vecina del Plateau Mont-Royal de Michel Tremblay y Monique Proulx, del Mile End de Mordecai Richler, de la Main de Leonard Cohen. A ese Montreal latino le faltan los pregones, los olores de la comida callejera, el bullicio de la urbe latinoamericana, y también está bastante a salvo de la violencia y de la disfuncionalidad de la ciudad latinoamericana.

Es una negociación entre lo que traemos con nosotros y lo que nos encontramos aquí. Más o menos lo mismo que puede decirse del resto de Montreal, una ciudad de emigrantes, y de Toronto y Vancouver.

Tampoco tiene el monopolio de la latinidad. No todos los latinos vivimos ahí. Basta rodar un poco por la línea amarilla del Metro para escuchar cómo hay tantos acentos colombianos y venezolanos subiendo desde Longueuil y Brossard. El atractivo del suburbio es fuerte entre muchos de nosotros.

Los que insistimos en vivir dentro de la ciudad, sin embargo, tratamos de aprovechar esa densidad para mantener una relación con lo latinoamericano que implica volver a lo conocido y explorar un poco de lo

que no conocemos. Los venezolanos aprendemos cómo pedir en las carnicerías los cortes que necesitamos para la carne mechada, las hallacas o el asado negro, pero también nos atrevemos a probar el griot haitiano, el tamal salvadoreño y la cochinita pibil. En la práctica, el Montreal latino contiene más revelaciones que repeticiones. No es una réplica de lo que dejamos atrás: es otra cosa. Es como un tercer país, que ni es del origen ni es Canadá. Y hay que ir a pie y abrir los ojos y los oídos para conocerlo bien, y dejar que abone ganancias a nuestro balance.